

# El cristiano filósofo frente al desafío ecológico

Ramón Lucas Lucas

**E**L hombre no es un objeto más entre los objetos. Es una caña, pero una caña que piensa, decía Pascal<sup>1</sup>, y su ambiente natural no es sólo exterior, sino también interior. El ambiente *natural* del hombre es su *naturaleza*, que no es sólo el mundo externo, sino también el interno, es decir, la naturaleza vivida por él: la cultura; por tanto, una simple vuelta a la naturaleza externa pura es imposible, incluso para el ecologismo<sup>2</sup>. El verdadero problema ecológico consiste en la interacción entre el ambiente cultural (ambiente natural humano) y el ambiente natural (ambiente natural biofísico).

El hombre crea la cultura gracias a su inteligencia abstractiva y como medio de subsistencia y adaptación al ambiente biofísico; pero es precisamente esta cultura la que parece apartarlo y colocarlo en oposición al ambiente natural. Si la relación hombre-cultura es esencial, es también esencial la relación hombre-naturaleza; una cultura que destruyera la naturaleza no sería cultura. La naturaleza pierde su encanto porque primero lo ha perdido el hombre. La destrucción del ambiente natural manifiesta inexorablemente la devastación del mundo interior del hombre. He aquí el drama del hombre

---

<sup>1</sup> B. Pascal, *Pensées*, Brunschvicg 347

<sup>2</sup> Conviene distinguir *ecología* de *ecologismo*. La ecología se refiere a la situación ambiental objetiva de la naturaleza, y a la conservación de un equilibrio en el ecosistema. El ecologismo es una ideología: visión totalizante del hombre y del mundo, que afirma como valor absoluto el ambiente biofísico.

contemporáneo. El decaimiento interior le impide elevarse y ejercer su autonomía. Se ha convertido en un objeto más de la naturaleza y, así, no sólo se ha degradado él, sino que ha privado a la naturaleza de su punto de referencia.

## 1. El hombre forma parte de la naturaleza

El hombre forma parte de la naturaleza y con ella está relacionado. Por el solo hecho de poseer un cuerpo, tiene figura y color, es visible y tangible; desde el punto de vista psico-fisiológico es el tacto lo que mejor muestra la relación entre el hombre y el mundo. Para el «espíritu puro» los cuerpos no existen, porque no puede tropezar con ellos, sentir sus presiones. Ser cuerpo significa poseer unas notas espacio-temporales. El cuerpo me relaciona con el mundo, me pone en un sitio y me excluye de todos los demás. No me permite ser ubicuo. «En cada instante me clava como un clavo en un lugar y me destierra del resto. El resto, es decir, las demás cosas del mundo, están en otros sitios y sólo puedo verlas, oír las y tal vez tocarlas desde donde yo estoy. A donde yo estoy lo llamamos *aquí*, y el fonema mismo castellano, por su acento agudo y su fulminante caer, en sólo dos sílabas, del *a* tan abierto al *í* tan puntiagudo, y por su acento tan vertical, expresa maravillosamente ese mazazo del destino que me clava como un clavo... aquí»<sup>3</sup>. Mediante el cuerpo el hombre está presente en el mundo natural, pero la peculiaridad de su mismo cuerpo hace que ya él mismo trascienda la pura materialidad. No vemos nunca el cuerpo del hombre como simple cuerpo, sino como *cuerpo humano*; es decir, como una forma espacial cargada de alusiones a una intimidad. En el mineral, nuestra percepción descansa y termina sobre su aspecto exterior. En el cuerpo humano, el aspecto exterior no es un término donde concluye nuestra percepción, sino que nos lanza hacia un más allá, a algo que él manifiesta. El cuerpo humano va más allá de la simple corporeidad animal; por el hecho de ser humano, lleva en sí mismo la vitalidad interior.

El hombre no es sólo un individuo biológico, un puro organismo. El hombre posee, es cierto, esa imagen corpórea y discontinua del individuo

---

<sup>3</sup>J. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente en Obras completas*, Alianza, Madrid 1983, vol. VII, p. 125

biológico, pero él es primariamente un individuo *humano*. No es *zoé* la vida que el hombre atraviesa, sino *bios*, es decir la acciones que el hombre realiza y que en conjunto constituyen una conducta típica de la cual se puede hacer una *biografía*. Para el hombre, vivir es tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él, porque el hombre siente, piensa y quiere, y su vida es *vida humana* porque incluye una dimensión espiritual<sup>4</sup>. Expresión de este carácter espiritual es la libertad, que coloca al hombre en un puesto privilegiado frente a la naturaleza y orienta su actuar en el mundo.

El hombre no es un ser como los demás; incluso por su conformación biológica es un ser diverso: el animal vive sumergido en su ambiente natural mientras que el hombre lo trasciende. El biólogo alemán Jakob von Uexküll insistió en la relación que existe entre el animal y su ambiente natural<sup>5</sup>. El hombre, sin embargo, se distingue ya del animal por su no-adaptación a un determinado ambiente, vive esparcido por todo el globo y en los ambientes naturales más diversos. Arnold Gehlen, siguiendo a Johann G. Herder, atribuye esta trascendencia del ambiente natural al hecho de que el hombre, incluso desde el punto de vista biológico, es un proyecto singular y un «ser carencial»<sup>6</sup>. El animal dispone desde su nacimiento de una cierta autonomía para sobrevivir, sin embargo, el niño recién nacido es la criatura más desamparada de la naturaleza; desnudo, débil y necesitado, perecería sin remedio sin la ayuda de los demás<sup>7</sup>. Precisamente a partir de esta carencia, el hombre actúa, transforma los límites en posibilidades, el desamparo en riqueza y la no-determinación en libertad.

---

<sup>4</sup>J. ORTEGA Y GASSET, *Misión de la universidad*, en *Obras completas*, Alianza, Madrid 1983, vol. IV, p. 341

<sup>5</sup>J. VON UEXKÜLL, *Ambiente y mundo interno de los animales*, 1921.

<sup>6</sup>A. GEHLEN, *Der Mensch. Seine Natur und seine Stellung in der Welt*, Athenäum Verlag, Frankfurt 1966; (tr. esp. *El hombre, su naturaleza y su lugar en el mundo*, Sígueme, Salamanca 1987<sup>2</sup>, p. 96).

<sup>7</sup>Es bien conocido el mito griego que presenta a Prometeo dando al hombre parte de las cualidades de los demás animales. Como se veía el bebé tan desamparado le dio la razón, la capacidad de hacer *ciudad*, es decir, sociedad y cultura.

## 2. El hombre trasciende la naturaleza

### a) El hombre es fin en sí mismo.

La posición especial del hombre en el cosmos estriba en el hecho de que ningún ser material fuera de él es fin en sí mismo, ni posee valor absoluto. Esto hace que el hombre sea el responsable no sólo de sí mismo, sino también de toda la creación material. Es evidente que esta posición será comprendida y aceptada sólo por quienes consideren al hombre esencialmente diverso del mundo material y con el atributo esencial de la espiritualidad. Si el hombre es fin en sí mismo y posee una dignidad y un valor absoluto se debe al hecho de que sólo él, entre los seres del mundo, está dotado de inteligencia y libertad. La propiedad esencial del hombre, en contraposición a la materia, es su apertura al infinito, esa tendencia constitutiva a superar los límites y a ir más lejos de lo ya conquistado, manifestada en sus actos intelectivos y libres. El hombre es fin en sí mismo porque, mediante su inteligencia y voluntad abiertas al infinito, participa inmediatamente de él, sin intermediarios, y así encuentra la razón de ser en sí mismo: en su apertura al infinito. La misión del hombre, su fin, es la realización de su ser. La razón de su existencia no es ser medio, sino fin en sí mismo, porque en cierta manera ya realiza en sí mismo el fin absoluto. Los seres de la naturaleza extra-humana, por estar encerrados en la materialidad, no son fin en sí mismos y no hallan en sí mismos la participación del absoluto, si no es a través del hombre.

El valor eminente del hombre, su dignidad que impide convertirlo en puro medio para otro, se basan en esta *apertura al ser por la que el espíritu es espíritu*<sup>8</sup>. En realidad el único ser que es fin en sí mismo es Dios. El hombre es sólo fin en sí en cuanto abierto y orientado a Dios; este estar abierto y dirigirse por sí mismo al absoluto constituye su auténtica dignidad y su autonomía. De esta estructura fundamental derivan los derechos y deberes del hombre para consigo mismo, para con los otros hombres y para con el mundo. Si es fin en sí mismo, nadie puede usarlo como medio. El hombre, como ser carencial, se realiza en el ejercicio de su autoconciencia y autodeterminación; por eso tiene derecho a todos aquellos elementos que garantizan esta realización. Los *derechos naturales* son la garantía de su

---

<sup>8</sup> K. RAHNER, *Hörer des Wortes*, Kösel Verlag, München 1963, pp. 71-88.

desarrollo. El derecho más fundamental del hombre es el de ser él mismo, el de realizar el proyecto de su existencia.

El respeto del ambiente biofísico no es un fin en sí mismo, sólo el hombre es fin en sí, pero es una exigencia implícita en el valor mismo del hombre. No se puede hablar de un deber moral humano partiendo del ambiente biofísico, sino sólo a partir del hombre en cuanto sujeto moral. Si el hombre debe respetar y cuidar el ambiente natural no es sólo por fines egoístas, sino porque todo comportamiento humano lleva el signo de la racionalidad y de la responsabilidad.

El hombre tiene capacidades superiores a la materia y trasciende la naturaleza material, es decir: entiende la verdad y los valores, descubre las leyes del universo y se aprovecha de ellas para formar la cultura, tiende hacia el absoluto por el dinamismo interno de su inteligencia y voluntad. En esta aspiración hacia el valor y la cultura, como consecuencia de su espiritualidad, el hombre alcanza su plena realización y trasciende la naturaleza material. La trascendencia humana respecto de la naturaleza externa, se manifiesta sobre todo en el hecho de que sólo el hombre puede conocer y decidir autónomamente. El hombre es el ser capaz de *ensimismarse*<sup>9</sup>. El animal está siempre fuera de sí, volcado hacia lo otro, está *alterado*. El hombre tiene el poder de retirarse del mundo exterior y meterse dentro de sí, es decir, puede ensimismarse. A diferencia del animal que ya tiene un ser dado hecho, el hombre es quehacer. Bajo esta perspectiva, la existencia humana es esencialmente problema y drama porque es tener que decidirse en cada instante. Para la planta, el animal o la piedra vivir no es drama; ninguno de ellos tiene que decidir su existencia. Pero el hombre es diverso. Tiene que hacer siempre y en cada instante algo para ser él mismo, y esa tarea no le es impuesta por las circunstancias ambientales, ni por las necesidades biológicas, sino que nace de su libertad. Existir es vivir forzado a ejercitar la libertad. La libertad es privilegio tremendo y gloria de que el hombre goza y sufre. La piedra no puede dejar de gravitar hacia el centro de la tierra, el río no puede invertir su cauce y correr hacia arriba, la planta buscará siempre la luz, pero el hombre puede muy bien no hacer lo que tiene que hacer. A la naturaleza extra-humana le viene impuesto el ser y no tiene más remedio que cumplir inexorablemente la ley. En cambio lo que el hombre tiene que ser,

---

<sup>9</sup> J. ORTEGA Y GASSET, *Ensimismamiento y alteración en Obras completas*, Alianza, Madrid 1983, vol. V, p. 300

no le es impuesto, sino que le es propuesto. No es simplemente observador, sino actor, y por eso su existencia es dramática. El animal o la planta asienten siempre a las leyes de la naturaleza, mientras que el hombre, según la formulación de Scheler, «es aquel ser capaz de decir no, el asceta de la vida, el eterno protestante frente a la realidad»<sup>10</sup>.

## b) La naturaleza es lugar de realización del hombre

El animal vive inmerso en el propio ambiente natural; el hombre puede separarse y oponerse a la naturaleza. La naturaleza para el hombre no es sólo un objeto útil, sino un mundo de significado y lugar de realización. El hombre percibe este significado y puede aceptarlo y respetarlo o comportarse arbitrariamente. Aceptarlo o rechazarlo significa aceptar o rechazar la propia realización humana. Es aquí donde la libertad humana desempeña un papel en relación con la naturaleza; destruir la naturaleza significa destruirse como hombre y eliminar las posibilidades de realización personal. Una antropología bien entendida constituye la pauta del comportamiento humano en relación con la naturaleza; el hombre se desarrolla y realiza solamente en relación con la naturaleza, porque es un «espíritu en el mundo»<sup>11</sup>. Cuando el hombre, oponiéndose arbitrariamente a la naturaleza, la daña o destruye, tarde o temprano experimenta las consecuencias y la «venganza de la naturaleza». No se puede ir contra la naturaleza sin pagar un precio muy caro. Al fin y al cabo la ley moral natural -la moralidad que hoy muchos rechazan- es la regla más práctica y útil para la comunidad humana. Estas normas morales no oprimen la libertad humana sino que la defienden; sin ellas, el violento crimen juvenil es el precio que se paga por la desintegración familiar, el SIDA

---

<sup>10</sup> M. SCHELER, *Die Stellung des Menschen in Kosmos*, München 1949<sup>2</sup>, p. 65. Scheler ofrece una explicación interesante de por qué el hombre «espiritual» se relaciona con el mundo de forma opuesta a como lo hace el animal «extático» ante su ambiente. Para el animal «su mundo» es la sensación presente y la respuesta del instinto; en realidad no percibe el «mundo», sino sólo las sensaciones actuales. El hombre tiene un proceder inverso, percibe la cosa por lo que es y forma el «mundo». Sólo el hombre puede tomar en cuenta la posición de su propio cuerpo al construir la totalidad. Un perro, por muchos años que viva en un jardín, nunca construirá un mapa mental del conjunto del mismo.

<sup>11</sup> K. RAHNER, *Geist in Welt. Zur Metaphysik der endlichen Erkenntnis bei Thomas von Aquin*, München 1957.

por un sexo libertino, la contaminación por un consumismo incontrolado. Una correcta antropología evitará los extremos de personalizar la naturaleza u objetivizar al hombre. La comprensión del hombre implica la dimensión «natural»; cuando el hombre no respeta la dimensión específica de la naturaleza, su comportamiento no es sólo «in-natural», sino también «in-humano»<sup>12</sup>.

Dado que el ambiente es el lugar de realización de la existencia histórica del hombre, es necesario respetarla para que se den las condiciones fundamentales de desarrollo de la vida humana. El hombre no puede convertirse en un objeto más de la naturaleza bajo pena de autodestruirse y destruir la misma naturaleza. Su puesto en el cosmos es dinámico y creativo. Un dinamismo y creatividad racionales y libres, porque sólo él es espíritu. Si el hombre se objetiviza, rechaza la posibilidad de humanizarse. La relación hombre-naturaleza no debe entenderse como una explotación arbitraria por parte del hombre. A partir del racionalismo cartesiano, se acentuó la objetivización de la naturaleza y el hombre, con su método científico, se colocó frente a ella. Es la absolutización de este dualismo una de las causas de la crisis ecológica. Esto no impide, sin embargo, mantener la tesis fundamental: el hombre es el culmen de la creación material y sólo en él y por él la naturaleza tiene significado.

### **3. El hombre se coloca teleológicamente en el centro de los demás seres**

Siendo fin en sí mismo, el hombre se coloca teleológicamente en el centro de los demás seres; el universo es atraído hacia él y la materia es elevada hacia el espíritu. El orden existente en el universo es un orden teleológico en el que las cosas están orientadas a una realidad superior. En una perspectiva evolucionista este orden teleológico conlleva una causalidad final del hombre<sup>13</sup>, anterior a su aparición, con respecto al proceso que lleva a esa aparición y a cada una de sus fases. Una vez aparecido el hombre, esta causalidad final será consciente y querida, no ya en vistas al advenimiento del

<sup>12</sup> Cfr. R. GUARDINI, *Lettere dal lago di Como*, Morcelliana, Brescia.

<sup>13</sup> V. MARCOZZI, *Le origini dell'uomo*, Massimo, Milano 1983<sup>8</sup>, pp. 20-21

hombre, sino con vistas al significado y sentido de todo el universo; todo se orienta al hombre y todo encuentra en él su razón de ser. Esta centralidad del hombre en la naturaleza ha sido expresada tradicionalmente con el término «micro-cosmos». Santo Tomás de Aquino considera que «el hombre está, en cierto modo, compuesto de todas las cosas... Y dado que todas las cosas del universo, en cierto modo están presentes en él, se le llama un 'universo en pequeño'»<sup>14</sup>.

En la relación hombre-naturaleza, el primado toca al hombre y la coherencia interior de su vida se reflejará en su comportamiento con el mundo externo. Quien no vive armónicamente consigo mismo, descargará su desorden interior también en el comportamiento externo. La destrucción del ambiente natural manifiesta inexorablemente la devastación del mundo interior del hombre contemporáneo<sup>15</sup>. Es evidente que existe y hay que continuar manteniendo una diversidad y gradualidad entre los seres vivos<sup>16</sup>. En el vértice de esta graduación se halla el hombre; él tendrá que continuar tomando decisiones responsables que sacrifican la vida inferior en favor de la vida superior. La decisión *responsable* de sacrificar la vida inferior implica rechazo de la arbitrariedad y reconocimiento del justo valor de cada ser. Maltratar a los animales caprichosamente, practicar la vivisección por una «especie de deporte», contradice no sólo el respeto debido al valor de estos seres sino, también y principalmente, el respeto debido al mismo hombre, ya que actuando así se des-humaniza.

Hoy, por el contrario, se contesta al hombre su pretensión de ser el centro teleológico de la naturaleza. Emerge una ideología en la que el hombre es una especie viviente más entre otras muchas que, bajo algunos aspectos orgánicos, son incluso más perfectas que él; el hombre sería en

---

<sup>14</sup> Summa Theol. I, q. 91, a. 1

<sup>15</sup> Cfr. A. AUER, *Umweltethik*, Patmos Verlag, Düsseldorf 1984, p. 72

<sup>16</sup> Si la vida se define como la acción inmanente que perfecciona al sujeto que la realiza, el criterio filosófico para distinguir los diversos grados de seres, será el modo como la acción inmanente depende del viviente; si depende sólo respecto a la ejecución, tendremos los vegetales; si depende respecto a la ejecución y a la forma, tendremos los animales; y si la acción depende respecto a la ejecución, forma y fin, tendremos al hombre. Desde el punto de vista biológico, es más perfecto aquel organismo que posee mayor capacidad de adaptarse a ambientes diversos o incluso de dominarlos.

todo igual a los seres no-humanos<sup>17</sup>. El ecologismo, como ideología, es biocéntrico. Es posible demostrar que la visión antropocéntrica no depende sólo de posiciones filosófico-religiosas. Un examen atento del desarrollo evolutivo de los viviente nos conduce a la aparición del hombre como el culmen de ese proceso evolutivo<sup>18</sup>. Es verdad que el hombre forma parte de la naturaleza, pero se distancia de ella por la espiritualidad. Es espíritu encarnado; por una parte inmerso en la materia y por otra emergiendo de ella por ser espíritu. La alternativa frente al antropocentrismo es una especie de religión de la naturaleza.

#### 4. La acción responsable del hombre y el equilibrio natural dinámico

El abandono de la tecnología moderna para regresar a un mundo «más natural» no reduciría el problema de la contaminación. Contrariamen-

---

<sup>17</sup>M. FOX, *Deep Ecology: A New Philosophy of Our Time?* in *The Ecologist*, 14 (1984) 194-200. FRITJOF CAPRA, *The turning point*, Simon and Schuster, New York 1982. O. H. STECK, *Welt und Umwelt*, Stuttgart 1978. Una visión general del pensamiento ecologista se puede encontrar en F. GIOVANNINI, *Le culture dei verdi. Un'analisi antica del pensiero ecologista*, Bari 1987. A.

<sup>18</sup>«E' biologicamente più alto o più perfetto quell'organismo che aumenta in pari tempo e nel numero di prestazioni e nella coordinazione o centralizzazione delle medesime. Altro criterio di perfezionamento biologico è dato dalla maggiore capacità di adattarsi a vari generi di vita o di ambiente o addirittura di giungere a Russo e G. SILVESTRINI, *La cultura dei verdi: I grandi sistemi dell'ecologismo*, Milano 1987. dominare l'ambiente.

Ora, non c'è dubbio che la vita nel complesso mostra un'ascesa biologica nel senso ora definito. Gli organismi pluricellulari hanno più prestazioni di quelli unicellulari, e, tra i pluricellulari, in ogni tipo, si osserva un'autentica gerarchia.

Nell'ambiente dei Vertebrati l'ascesa biologica o il graduale perfezionamento è innegabile e sorprendente. I Pesci sono condizionati dal mezzo acquoso. Gli Anfibi possono vivere in acqua e sulla terraferma. I Rettili guadagnano quasi tutti gli ambienti: acqua dolce, acqua salata, terra, sottoterra, aria; pero non possono vivere oltre certe latitudini: sono condizionati dal clima. I Mamiferi, mediante quel sistema termoregolatore e la viviparità, conquistano tutti gli ambienti, dall'equatore al polo. L'uomo, non soltanto si adatta a tutti gli ambienti ma ha la capacità di trasformarli» V. Marozzi, *Le origini dell'uomo*, Massimo, Milano 1983., pp. 200-201.

Quien sostiene la igualdad de los seres de la naturaleza no acepta la graduatoria y afirma que si un gusano pensase, se consideraría superior al hombre. El problema está en que el hombre piensa, y el gusano no. ¡La diferencia no es pequeña!

te a cuanto se piensa, en siglos pasados el problema ecológico era bastante más grave. Desde que los primeros hombres descubrieron el fuego, la humanidad se ha servido de él para mejorar su nivel de vida. Hoy se anatematiza la combustión del petróleo en fábricas y medios de transporte. En 1661 John Evelyn describía una situación aún peor debida a la combustión del carbón, al que muchos ambientalistas extremos desearían volver<sup>19</sup>.

Se trata de afirmar una jerarquía de valores. La defensa del ambiente no se lleva a cabo interrumpiendo el desarrollo humano y regresando a una vida prehistórica. Partiendo de esta prehistoria, el hombre ha transformado selvas, desiertos y zonas pantanosas en espacios habitables. El verdadero problema no consiste en defender la naturaleza de la acción del hombre, sino el de lograr que esta acción se realice responsablemente en bien de la humanidad<sup>20</sup>.

Existe una fuerte tendencia que propone la salvaguardia del ambiente en clave de equilibrio, entendido como una realidad estática y como un desprecio de la producción. La historia demuestra que la naturaleza no es inmóvil, ni tampoco esa madre buena desconocedora de conflictos. *La natura è quella sede d'insidie, di minacce, di pericoli, di distruzioni, da cui l'uomo, con la sua condotta razionale, deve costantemente difendersi. Non ci sarebbe stata la continuazione della specie umana se l'uomo non avesse, fin da principio, messo nel pieno esercizio delle sue possibilità la propria ragione, cioè la propria ricerca di mezzi razionali per difendersi dalle minacce della natura*<sup>21</sup>. Existe un equilibrio dinámico y los ecosistemas se adaptan continuamente a la aparición y desaparición de elementos y especies. En este sentido la salvaguardia del ambiente no debe pretender construir un mundo inmutable<sup>22</sup>.

<sup>19</sup> C. CIPOLLA, *Storia economica dell'Europa pre-industriale*, Mulino, Bologna 1974: «A Londra la gente cammina e conversa perseguitata da questo fumo infernale. Si respira una nebbia spessa ed impura mischiata a vapore sozzo e fuliginoso che causa mille malanni rovinando i polmoni e la salute dell'intero corpo per cui catarrhi, tisi, tossi e consunzione domina in questa città».

<sup>20</sup> DOCUMENTO DEI VESCOVI LOMBARDI, 15-09-1988: *La questione ambientale: aspetti etico religiosi*.

<sup>21</sup> P. PRINI, *Il corpo che siamo*, SEI, Torino 1991, pp. 156-157<sup>22</sup>

La salvaguardia del ambiente se presenta también como preocupación por el agotamiento de los recursos naturales; el desarrollo tecnológico, se dice, acabaría en pocos años con los recursos de la Tierra. Esta preocupación no tiene en cuenta que los recursos son relativos a la tecnología de cada época. No le sirvió para nada a Mahoma vivir en un país rico de petróleo.

Desde un punto de vista técnico, se puede decir que la biosfera ha evolucionado continuamente y cada fase del proceso evolutivo se ha caracterizado por una transformación del ambiente atmosférico, climático, geológico, biológico, etc. En el período *precámbrico* la atmósfera terrestre poseía poco oxígeno y en estas condiciones aparecieron los primeros seres vivos<sup>23</sup>. El desarrollo y evolución de la fotosíntesis clorofílica supuso una revolución en la estructura de la célula. La energía solar, elaborada a través de la fotosíntesis, es el motor de la biosfera. Hoy el 21% de la atmósfera está compuesta de oxígeno; la aparición y desarrollo de la vida causó, por tanto, una transformación profunda del ambiente. Si para conservar el equilibrio ambiental se hubiera rechazado la fotosíntesis clorofílica y se hubiera pretendido conservar las especies de microorganismos anaerobios, hoy no existiera la vida sobre la Tierra<sup>24</sup>.

Todos los seres vivos modifican el ambiente en el que viven, pero el hombre tiene un influjo especial. Las técnicas humanas imprimen un ritmo más rápido al cambio y, gracias a la libertad, el influjo puede ser orientado y dirigido. Esto implica la responsabilidad de la acción humana sobre el ambiente de la Tierra, como lugar de realización del hombre. El ambiente actual es, en parte, el resultado de la acción pasada y presente del hombre, y a su vez, influirá sobre el futuro. Muchos están persuadidos de que la naturaleza es perfecta e imaginan un ambiente natural idílico. Los descubrimientos paleontológicos nos hacen entrever, por el contrario, cuán difícil debía ser la vida y la sobrevivencia para el hombre prehistórico en aquel ambiente no contaminado todavía, a no ser por una técnica rudimental. Se piensa que un lago no contaminado tiene agua cristalina y está lleno de peces de colores. La realidad natural es que un lago con agua transparente es muy pobre en elementos nutritivos (fosfatos y nitratos) indispensables para los vegetales y, por tanto, no tendrá ni plancton y ni peces.

Se afirma con frecuencia que el hombre no debería modificar el ambiente natural, y que su intervención en él es destructora y devastadora. Dado que los ecosistemas son dinámicos, esta posición, si fuera posible, sería anti-natural y artificiosa. El hombre, como el resto de los animales, no puede vivir sin influir y modificar el ambiente, y por ello ha construido diversos

<sup>23</sup> V. MARCOZZI, *Le origini dell'uomo*, Massimo, Milano 1983, 8ª, p. 45

<sup>24</sup> Cfr. AA. VV., *L'imbroglione ecologico*, Vita Nuova, Roma 1991, p. 80

ecosistemas caracterizados por un alto valor estético y productivo. No toda acción del hombre en el ambiente natural es negativa. Un bosque incendiado o un lago contaminado son ambientes degradados, mientras que la reforestación de una montaña o el cultivo de una viña son acciones que valorizan el ambiente tanto estética como económicamente. Se presenta la sociedad occidental como promotora de la contaminación. Sin olvidar los aspectos realmente negativos de esta sociedad consumista, no cabe duda de que es esta misma sociedad quien posee las mejores condiciones higiénicas, prolongando y elevando el nivel de vida. Por otra parte, es esta misma sociedad quien ha adquirido mayor conciencia de la defensa del ambiente. Entonces, como dice Pietro Prini, *non perdiamoci nei sogni tranquillizzanti dei ritorni mitici ai paradisi perduti della natura. L'ecologia è la coscienza responsabile della tecnologia, non la sua cattiva coscienza. E' il ritrovamento del valore del fare e del produrre, non contro la vita, ma per la sua qualità più alta. Al di là delle trasgressioni sollecitate dal naturalismo libertino e al di là delle nostalgie anti-tecnologiche del naturalismo arcadico che invita alla fuga da questa civiltà che è la nostra, bisogna ritrovare la scoperta decisiva della civiltà classico-cristiana*<sup>25</sup>.

Muchas posiciones ecologistas reclaman un reconocimiento del valor y derecho propios de la naturaleza. La naturaleza, se afirma, no es sólo un objeto para el hombre, sino que posee autonomía y derechos propios, sin el reconocimiento de los cuales no se ve cómo se pueda demostrar la obligatoriedad de la responsabilidad humana hacia ella<sup>26</sup>. Si se habla de los derechos del hombre, se debería hablar también de los derechos de la naturaleza y respetarlos incondicionalmente. Todos los seres tendrían derecho a existir y desarrollarse, incluso los mosquitos que transmiten la malaria se deberían respetar, y tanto derecho tendría a existir el virus HIV, portador del SIDA, como el hombre que lo contrae<sup>27</sup>. En estos ambientes quien sostenga una posición diversa será tachado de chauvinista humano.

No cabe duda que el valor positivo de esta postura estriba en el hecho de evitar que la naturaleza se convierta en un puro objeto del cual el hombre

---

<sup>25</sup> P. PRINI, *Il corpo che siamo*, SEI, Torino 1991, pp. 160-161

<sup>26</sup> L. FERRY en su reciente libro *Le nouvel ordre écologique*, Grasset, Paris 1992, pp. 30-33, recogiendo una distinción ya clásica, habla de tres tipos de ecología; la primera atribuye derechos sólo al hombre (ecología antropocéntrica); la segunda también a los animales, y la tercera incluye también a las plantas (ecología biocéntrica o *Deep ecology*).

<sup>27</sup> P. SINGER, *Liberazione animale*, Lega Anti-Vivisezione, Roma 1987.

puede arbitrariamente disponer. Por otra parte hay que reconocer que la orientación teleológica de la naturaleza extra-humana no equivale a degradarla o destruirla. La relación del hombre con la naturaleza y el respeto de la misma deriva del mismo hombre, porque solamente él es sujeto propio de derechos. Es impropio considerar la naturaleza como sujeto y atribuirle dignidad propia. La belleza y encanto de la naturaleza aparece, como tal, sólo cuando una persona la contempla. Se corre el riesgo de poner a la naturaleza extra-humana y al hombre en el mismo plano, y de nivelar los «derechos» de la naturaleza y los derechos del hombre. Sin embargo, en sentido estricto, sólo el hombre puede ser considerado como otro «tú» que se ama. ¿Cómo se puede decir con seriedad que el virus HIV es sujeto de derechos con el mismo título que el hombre? Al amor y respeto a la naturaleza extra-humana hay que colocarlos en otra dimensión.

El cristiano filósofo verá con cautela aquellas interpretaciones que pongan en un mismo nivel, o incluso en un nivel superior, los «derechos» de la naturaleza y los derechos del hombre. Elemento fundamental de la tradición cristiana es el monoteísmo y el consiguiente rechazo de los fenómenos naturales -sol, astros, ríos, tormentas, árboles, animales- como objetos de culto. Existe el peligro de caer en el paganismo considerándose hijos de una especie de Tierra Madre común, que posee demandas inajenables de justicia, y cuyos fenómenos naturales son objeto de culto<sup>28</sup>. Se puede llegar así a un punto en el que la preocupación por el ambiente alcanza el borde de lo irracional, de modo que sus reclamos y derechos se hacen más ideológicos que científicos<sup>29</sup>. El cristiano filósofo logrará distinguir el «Ser Absoluto» del «ser finito», el Creador de la creatura, no solamente en base a su fe cristiana, sino por la capacidad racional de su mente, y evitará absolutizar lo que es limitado y contingente.

El cristiano filósofo cuando reflexiona sobre la relación hombre -ambiente, tendrá siempre delante de sus ojos una visión concreta y específica

---

<sup>28</sup> La proliferación de viveros y la venta de plantas «sagradas» crece sin cesar. Cada una de ellas se vede acompañada de su oración; he aquí la de Tamaya: «¡Oh Tamaya! Nacimiento perpetuo / Flujo de vida incesante / Vuelve. ¡Somos tus hijos! / Salida de las raíces de la Tierra / Portadora de la semilla Solar / ¡Oh Tamaya! Vuelve. ¡Somos tus hijos!».

<sup>29</sup> Cfr. P. JOHNSON, *Is totalitarianism dead? Beware of the «new left»*, in *The Human Life Review*, Spring 1989, p. 50

del hombre y de los ideales que pretende alcanzar. No cabe duda que, de la idea que se tiene del hombre depende la interacción que se establece con la naturaleza. En esta perspectiva conviene anotar que la técnica en sí misma es neutral<sup>30</sup> y, por tanto, el influjo constructivo o destructivo sobre el ambiente, depende del uso que el hombre le da<sup>31</sup>.

Por otra parte, el ambiente es para el hombre, y la salvaguardia del mismo no debe buscarse como un fin en sí, sino para que el hombre se realice siempre plenamente como hombre. No hay que absolutizar el ambiente y la naturaleza considerándolos inmutables y fin en sí mismos, hasta el punto de otorgarles una especie de culto idolátrico. Es el hombre el único ser de este mundo que es fin en sí mismo y, si su desarrollo es armonioso, respetará y no destruirá arbitrariamente la naturaleza. El respeto del ambiente es substancialmente respeto del mismo hombre, y proteger el desarrollo armónico del hombre es proteger también el ambiente orientándolo hacia su verdadero fin. «El centro de toda actividad de protección al ecosistema es la persona humana, de quien se reafirma el derecho fundamental a un ambiente salubre»<sup>32</sup>.

Por último, el cristiano filósofo siente la acusación hecha a la Iglesia de no defender adecuadamente el ambiente. Las palabras del Génesis, «dominad la tierra»<sup>33</sup>, tantas veces traídas a colación, raramente aparecen unidas a las que siguen pocos versículos más adelante, «custodiad la tierra»<sup>34</sup>. Dos grandes cristianos, San Benito y San Francisco de Asís, tomaron la «custodia» de la tierra como un punto de referencia de su Regla. Los benedictinos con su *ora et labora* transformaron tierras desérticas en ambientes productivos, elevando el ambiente y sacando al hombre de la miseria. San Francisco de Asís veía en todos los seres a un hermano (el hermano lobo, la hermana agua...) y pedía al hortelano que dejara sin cultivar los bordes de la huerta para que también las hierbas y flores silvestres pudieran dar gloria a

---

<sup>30</sup> E. AGAZZI, *Il Bene, il male e la scienza*, Rusconi, Milano 1992, p. 60: «La scienza non fa altro che accrescere la potenza dell'uomo e, pertanto, moltiplicarne tanto le possibilità di bene quanto quelle del male».

<sup>31</sup> P. HENRICI, *Essere umano e natura nell'era tecnologica*, in *Ecologia umana e valori etico-religiosi*, a cura di P. BELTRAO, Editrice Gregoriana, Roma 1985, pp. 71-94

<sup>32</sup> Conferencia Mundial sobre el Ambiente, Estocolmo 1972, Principio n. 1

<sup>33</sup> *Gen. 1, 26*

<sup>34</sup> *Gen. 2, 15*. Para una profundización, ver los artículos de W. KASPER, J. MOLTSMANN, A. BONORA, C. VIGNA in *Questione ecologica e coscienza cristiana*, Morcelliana, Brescia 1988.

Dios, así como no cortar todo el árbol, sino algunas ramas, para que pueda vivir el árbol y, también hacer fuego el hombre.

Dos ejemplos de equilibrio entre el hombre y el ambiente que perduran hasta nuestros días. Una convergencia inusual conduce a los movimientos ecológicos y a las grandes religiones hacia Asís, tierra franciscana inspiradora del *Cantico delle Creature*. Es natural que el hombre modifique el ambiente y tienda a mejorar el nivel de vida, pero deberá hacerlo con ponderación y sin devastarlo. La degradación del ambiente no sólo daña la vida extra-humana sino también la vida misma del hombre. La acción responsable conducirá a sopesar las modificaciones, de tal manera que el equilibrio dinámico del ecosistema se conserve. El derecho a un ambiente no contaminado presupone el deber de no contaminarlo. De este modo el hombre continuará realizando la propia vida y elevando el ambiente en el que se desarrolla. El encanto de la naturaleza será el encanto y gozo del hombre realizado.

### RAMÓN LUCAS LUCAS

Sacerdote español. Licenciado en teología por la Universidad de Santo Tomás y doctor en filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Es profesor ordinario de antropología teológica en dicha universidad y en el Istituto di Scienze Religiose. Entre sus diversas publicaciones cabe mencionar la más reciente de ellas: «*L'uomo spirito incarnato*», Paoline 1993, pp. 368.

